interés, serían demócratas rabiosos, aconsejarían al czar que introdujese en Rusia el sufragio universal, sustituirían el parlamento con el *referendum* suizo y atribuirían á las resoluciones de las asambleas populares una importancia mucho más grande, sin comparación, que á las de los consejos de ministros. La muchedumbre es siempre conservadora porque obra en virtud de instintos genéricos hereditarios y no en virtud de nuevos procedimientos del pensar individual, y no puede, por consiguiente, encontrarse á gusto sino en condiciones hereditarias y no en condiciones nuevas; puede seguir á una voluntad individual poderosa que la arranque de los carriles de la costumbre, pero por su propia iniciativa, por un deseo de libre vagancia, jamás abandonara el camino trillado de las generaciones anteriores. Las revoluciones son siempre la obra de la minoría cuya originalidad no puede acomodarse á condiciones tradicionales no calculadas para ella y no adaptadas á ella; la mayoría no la sigue sino á su pesar y contra su gusto, á menos que no haya sido en el transcurso de varias generaciones conducida poco á poco á sentir que el estado de cosas existente ha pasado de sazón, se ha gastado y no tiene ya razón de ser. Los únicos verdaderos innovadores que registra la historia han sido los déspotas ilustrados por los cuales sienten tantos entusiasmos los historiadores conservadores; por lo contrario, las revoluciones hechas por la masa popular vinieron á parar irresistiblemente en la reproducción de meros lugares comunes. A la cabeza de un libro de historia reaccionaria debiera ponerse, no ya el retrato de Federico el Grande ó el de José II, sino el de un demócrata de 1848 cubierto con el sombrero expresivo de la época, y los reaccionarios, si fueran inteligentes y sinceros, deberían confesar que la barricada es una columna del edificio político y social.

Si pronuncio, por otra parte, la frase de «lugar común» aplicándola á la política, esta palabra tiene en mis labios el valor de un testimonio de estima. La política tiene por objeto procurar á las muchedumbres las más favorables condiciones de existencia: debe, pues, regularse según las necesidades de la muchedumbre; ésta piensa y siente automáticamente, es decir, según fórmulas heredadas y costumbres organizadas; reclama,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

pues, con justa razón, que no se la imponga el cumplimiento de un trabajo de inteligencia nuevo, individual, casi siempre excesivo para sus fuerzas. Quien dice política, dice, pues, régimen de mayoría, lugar común, tradición; las gentes intratables y ásperas para las cuales estas expresiones son demasiado imparciales, pueden reemplazarlas si en ello tienen empeño, por las de tiranía de la mediocridad y camino trillado de la rutina. La individualidad poderosa que alcanza un desarrollo original, no encuentra de su gusto, no se aviene á acomodarse á las condiciones típicas que para la muchedumbre típica, son precisamente las buenas; no puede quejarse si el hecho redunda en su perjuicio; no tiene por esto el derecho de empeñarse en revestir con sus pantalones largos las piernas cortas de las gentes ordinarias. Toda organización que complace á la mayoria es buena, no ya examinada en sí misma, sino en las circunstancias dadas; no puede ser de otro modo: supongamos que la muchedumbre se equivoca, que reclama una estupidez y erige las leyes más absurdas; pues bien: dénse todos prisa, por lo más sagrado, apresúrense todos á permitirla realizar esa estupidez é introducir esas leyes absurdas; pronto echará de ver la muchedumbre que su situación es más mala que antes; espíritus más inteligentes y que ven más lejos le mostrarán la causa de sus males y la muchedumbre exigirá por su propio impulso, sin pérdida de tiempo, los cambios necesarios. ¿Se encuentra, por lo contrario, contra lo que se podía esperar, á gusto con su estupidez y feliz con sus leyes absurdas?; tiene de todo punto entonces, el derecho de ovacionar fuera del templo con cascos de botella, según la usanza antigua, ó al modo moderno, menos elegante, el derecho de denunciar á la policía como culpable de lesa majestad ó perturbador del orden público, al sabio que quiere persuadirla, á pesar de todo, que no tiene razón para creerse feliz. Cuando una muchedumbre es estúpida, ante todo hay que dejarla que lo sea; es muy hermoso y muy noble que el hombre más inteligente trate de llevarla poco á poco hasta un más alto grado de intelectualidad; pero ante todo, ella tiene derecho á instituciones y á leyes calculadas con la mira puesta en el rebaño popular y no en vista de los intereses de astutas gentes aficionadas al enredo y embrollo, ó de especuladores de Bol-

sa; á la minoría inteligente obligada á vivir bajo esas leyes ó esas instituciones, no puedo sino expresarle mi cordial compasión. Vamos á figurarnos por extraordinario acaso, una ciudad que estuviera por entero, ó casi exclusivamente, habitada por ciegos; esto es, en teoría, admisible; un hombre dotado de vista sana, pediría que se alumbraran las calles, petición que en sí misma sería de seguro excelente; no le costaría gran trabajo encontrar las razones más convincentes para demostrar la necesidad de establecer faroles, ni tampoco pintar con la elocuencia más atrayente el esplendor de la noche alumbrada por la electricidad; y sin embargo, la población de ciegos rechazaría la proposición por unanimidad, y daría yo cualquier cosa por conocer al hombre razonable que no creyese que la razón estaba de parte de la mayoría de ciegos y no considerase que se equivocaba el defensor del alumbrado. Hace falta en Abdere un municipio de abderitanos y allí no hay sitio para los comensales de los banquetes de Platón; si, no obstante, estos últimos habitan en la ciudad y no quieren abandonarla, les queda el derecho incontestable de fundar una tertulia y de entregarse en ella á la

burla y á la risa á costa de sus conciudadanos.

***

Creo que el *filisteo* puede estar satisfecho del sitio que le he asignado en el mundo; reconozco en él un fenómeno monumental, á saber: un monumento del pasado, con frecuencia mal conservado en verdad, con la nariz mutilada y mostrando las huellas de torpes revoques, blanqueado con lechada de cal por un imbécil maestro revocador. Su fisonomía es una cromolitografía que reproduce un cuadro de alto valor artístico: es el heredero del genio que le lega constantemente sus más preciados bienes; veo en espíritu, sobre su gorro de dormir, el verde turbante que le caracteriza como descendiente del Profeta. El genio no le dejará, en verdad, penetrar en su mundo interior que á él sólo pertenece; nada tiene allí que ver la mayoría; á él sólo le compete saber cómo él mismo piensa y siente; pero en cuanto sale de su mundo interior, en cuanto

no se contenta con ejercer influencia no más que por su ejemplo y con obrar solamente para sí mismo, le es preciso despojarse del traje especial de la originalidad y llevar el uniforme de la trivialidad. Ya no es entonces sino un *filisteo* honorario, uno de tantos entre los demás. En Inglaterra, un príncipe ó un lord que quiere representar un papel cualquiera en la administración de la Villa, tiene que hacerse admitir é ingresar en una corporación, tiene que convertirse de nombre en un sastre ó tundidor de paños ó algo análogo: esto es exactamente lo que yo quiero decir.

II

PSICO-FISIOLOGÍA DEL GENIO Y DEL TALENTO

I

Es conveniente hacer que preceda á las consideraciones que forman la trama de este capítulo una definición lo más clara y precisa que sea posible de los conceptos que constituyen su objeto. ¿Qué es un talento? ¿qué es un genio? La respuesta á estas preguntasconsiste ordinariamente en unos cuantos vagos desatinos manoseados, en los cuales predominan los sustantivos admirativos y los adjetivos laudatorios; no podemos contentarnos con tan poca cosa; no son flores de retórica galana lo que necesitamos, sino una sobria explicación. Ahora bien: creo que nos aproximamos mucho á la verdad, diciendo: un talento es un sér que realiza actividades general ó frecuentemente practica-